

A lo largo de la década de los veinte, un grupo de poetas (Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre) alcanzan su madurez y dan lugar a la llamada Generación del 27. Los llamaban así porque en 1927 se celebró el tercer centenario de la muerte de Góngora y estos escritores reivindicaron su lenguaje poético. Entre ellos hubo muchos puntos en común: la amistad, la participación en revistas comunes, su convivencia dentro de la Residencia de Estudiantes y su formación intelectual, además de un talante liberal y progresista. Sin embargo, estos intelectuales masculinos no fueron las únicas personas que dieron nombre a la Generación del 27. También destacan las escritoras: Ernestina de Champouréin, discípula de Juan Ramón Jiménez, con su obra *Cántico inútil*; Concha Méndez, quien recibe la influencia de Alberti, con su obra *El carbón y la rosa*; por último, M^ª Teresa León, escritora imprescindible para entender el papel de la mujer en la España de la República. Destaca su obra *Memoria de melancolía*.

En conjunto, esta generación supuso un momento de esplendor en la poesía española. Nació a la literatura al mismo tiempo que estaban en auge las vanguardias, pero no quiso romper con la influencia del pasado literario: supieron integrar su admiración y conocimiento de los clásicos españoles (Manrique, Garcilaso, Góngora) con el interés por la poesía contemporánea (Juan Ramón y la poesía pura, las Vanguardias, sobre todo el Surrealismo). Esta integración de lo tradicional y lo renovador (el ideal del liberalismo procedente del Krausismo y del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza) se concreta en el empleo de formas métricas clásicas (el uso del romance y el soneto) y del verso libre, en la combinación de la poesía popular y la poesía intelectual.

Así, temas como la ciudad aparecen en las obras de Rafael Alberti (*Cal y canto* –de signo ultraísta–) y Jorge Guillén soneto “*Muerte a lo lejos*” en *Cántico*); pero la urbe también trae consigo el desarraigo y la explotación, como muestra Lorca en *Poeta en Nueva York*. El progreso se relaciona con los inventos del mundo moderno (futurismo) como por ejemplo el poema de Pedro Salinas titulado “*Underwood girls*” dedicado a las teclas de una máquina de escribir. En el lado opuesto, se encuentra la naturaleza, que se manifiesta mediante la contemplación de los espacios abiertos en estado puro, bien a través del paisaje castellano (“*Romance del Duero*” en *Soria*, Gerardo Diego), bien a través del mar (“*Elegía*” en *Marinero en tierra*, Rafael Alberti). Algunos autores, identifican la perfección con la naturaleza (“*Perfección*” en *Cántico* Jorge Guillén) El recurrente tema del amor se despoja de prejuicios. También es importante el compromiso del poeta con su tiempo, con los amigos, con la creación artística, y a finales de los años veinte con lo social y político, unido al destino individual del hombre.

En definitiva, tres tendencias se suceden en los primeros años de la Generación del 27 (1918-1929): la poesía vanguardista (*Manual de espumas*, Gerardo Diego; *Cal y canto*, Rafael Alberti), la poesía pura desvinculada del sentimentalismo romántico (*La voz a ti debida*, Pedro Salinas) y humano (*Perfil del aire*, Luis Cernuda) así como de lo circunstancial y anecdótico. Por último, el Neopopularismo, es decir, un proceso de rehumanización del arte que conduce a la poesía popular (*Marinero en tierra*, Alberti; *Romancero gitano*, Lorca; *Soria*, Gerardo Diego). Dentro de este se da el Neogongorismo, en donde se detecta la huella de la metáfora gongorina.

A partir de 1929 (hasta 1939) se vuelve al surrealismo, movimiento que escudriña los más íntimos sentimientos del hombre para ofrecernos una imagen totalizadora del ser humano. Destacan: Vicente Aleixandre ("*Tristeza o pájaro*" en *La destrucción o el amor*) quien refleja el dolor y la impotencia producidos por un amor sin sentido; también Alberti ("*Los dos ángeles*", en *Sobre los ángeles*). Otro movimiento característico dentro de estos años es el Neorromanticismo. Sobresale "*Donde habite el olvido*" de Luis Cernuda, donde refleja la depresión y la desesperación por un amor erróneo. Por último, aun dentro de la segunda etapa (1929-1939) se desarrolla una poesía social y política en la que destaca Rafael Alberti (*Entre el clavel y la espada*).

A partir de 1939, se desarrolla una poesía clasicista (Gerardo Diego, *Canciones a Violante*), y una desarraigada (Dámaso Alonso, *Hijos de la ira*; Vicente Aleixandre, *Sombra del paraíso*).